



a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chêne
all'ombra della quercia
Magdalena Aulina

15-12-2021

“Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. (Jn 3, 16)

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente”. Este mandamiento es el principal y primero. El segundo es semejante a él: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. En estos dos mandamientos se sostienen toda la Ley y los Profetas» (Mt 22,36-40).

Dos mandamientos que nos dicen a quién y cómo debemos amar. O, mejor dicho, dibujan las dos líneas del amor: Amar a Dios es el amor que va hacia lo alto, en línea vertical. Amar a tu prójimo, es en línea horizontal.

¡Al unir las dos líneas, se forma una cruz! Sí, porque el amor baja hasta nosotros desde la cruz de Jesús, como la savia vital que renueva nuestro ser y transforma nuestro obrar.

Nunca debemos olvidar que es el amor de Dios, derramado sobre nosotros, el que nos hace capaces de amar. Por amor el Dios-Amor envió a su Hijo: porque nos ama a cada uno de nosotros con un amor infinito. Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre por amor, nació en una cueva y murió en la cruz. A lo largo de su vida nos enseñó que el verdadero amor es don total.

La caridad es el amor que viene de Dios, está en Dios y va hacia Dios. De hecho, la caridad es Dios. Todo el camino del amor está inscrito en la caridad divina.

La caridad es "el motor" que genera vida y da impulso a nuestra vida.

La caridad es la más grande, la más excelente de todas las virtudes. No sólo por su bondad intrínseca, en el sentido de que une más a Dios, sino porque es "la forma" de todas las demás virtudes: sin ella, ninguna virtud puede ser perfecta.

Por lo tanto, nos dice Jesús, que debemos amar ante todo a Dios "con todo nuestro ser". “Con todo nuestro corazón”, porque Dios reclama para sí toda nuestra voluntad. "Con toda el alma", porque Dios exige todo el amor. "Con toda la mente". La voluntad mueve el alma hacia Dios, el amor la hace progresar, la sabiduría disfruta en amar.

La caridad es amar al prójimo con el amor de Dios crucificado. Quién es el prójimo, y lo que significa amar al prójimo como a uno mismo, nos lo enseña Jesús. El criterio de la Cruz de Cristo es la máxima expresión de ese "hacerse prójimo" que constituye la verdad de la Encarnación, por tanto, también del discípulo de Jesús.

Por un lado, su mandamiento, "que os améis los unos a los otros como yo os he amado", dice de mirarle a Él, el buen samaritano que "se ha hecho prójimo", para aprender de Él. Por otro lado, nos dice que, en el juicio final, el discernimiento se hará únicamente sobre el criterio del amor al prójimo.

Así, "toda la Ley encuentra su plenitud en un único precepto: amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Gálatas 5, 14), porque "el que ama al otro ha cumplido la Ley. [...] de hecho la plenitud de la Ley, es la caridad" (Romanos 13,8,10).

¡El camino de la caridad es verdaderamente el camino mejor, “el camino más sublime”! (1 Cor 12, 31)

Para Magdalena Aulina, la caridad era el centro de su vida. El amor era su única ley. En efecto, ella decía que: "si uno ama realmente, no necesita ni normas ni reglas. El amor de Dios y de nuestros hermanos y hermanas es suficiente como norma absoluta". Y concluía: "Amad, amad, y no os diré nada más". Para Magdalena, el lenguaje de la caridad es entendido por todos, en todas las partes del mundo. El amor convence sin muchas palabras y sin tantos discursos. El amor se percibe, el amor atrae. El amor es como un poderoso imán.

La virtud de la caridad se manifestó en Magdalena en la intensidad de su entrega incondicional, en la profundidad y perseverancia de su vida espiritual de unión con Dios. Magdalena tenía como fin la gloria de Dios y el bien de las almas. Y todo lo que realizaba reflejaba su vida de unión con el Señor Dios y su confianza en su providencia. Decía "tenéis que vigilar, para que en todas nuestras casas reine la verdadera caridad de Cristo. Si la Obra vive de fe en la providencia, Dios la sostendrá por manos generosas".

El "*darse*" define bien el heroísmo de su caridad "ininterrumpida", "sin medida", basada no sólo en obras o acciones, sino en entregarse, a imitación de Cristo, por la salvación de las almas.

Magdalena se dejó transformar completamente por el amor de Dios. Y así pudo difundir el aroma de la virtud de la caridad en el cumplimiento de las acciones, incluso las más simples y cotidianas: era austera en el comer, constante en las actividades, justa en el trato con los demás, paciente ante las dificultades, generosa con todos...

Su rostro era un "reflejo de Dios". Siempre hablaba de Dios. Lo ofrecía todo a Dios. Siempre estaba en la presencia de Dios. Por todo y siempre daba gracias a Dios. Ella nos decía que, antes de pedirle alguna cosa al Señor, le ofrecía algo. Pedía ayuda a Dios, para poder ayudar a los demás.

Amaba tanto a la gente, porque amaba a Dios ante todo y sobre todo.

El amor nos recuerda a la Navidad. Y el Nacimiento de Jesús nos recuerda el amor. La Navidad es la fiesta del Amor de Dios encarnado en su Hijo Jesús. La Navidad es el regalo de Dios Padre a toda la humanidad, de todo tiempo y de todo lugar.

Celebrar la Navidad es celebrar el amor, es vivir el amor, porque la Navidad es un intercambio sublime de amor. El amor infinito de Dios, que nos da a su Hijo unigénito. Y es nuestro amor, que responde al don divino.

Parece que en este nuestro mundo - en el que corremos el riesgo de no entendernos más entre nosotros - ya ni siquiera entendemos la importancia de la práctica de la virtud de la caridad, como Jesús la vivió y nos la enseñó.

Por lo tanto, en esta Navidad, vamos a pedirle a Jesús, que es el don de amor del Padre, que llene nuestros corazones con el mayor don: con el don de su amor.

Amor capaz de transformar nuestros corazones, un poco fríos y "anestesiados", en corazones palpitantes de amor. Capaces de dar amor. Capaces de perdonar y comprender. Capaces de creer y esperar.

